

Olga Acevedo

Bajo la Cruz del Sur

... El pequeño barco blanco subió por fin, lentamente... al través de esas maravillosas latitudes polares, donde una noche sin mañana, sueña por seis lunas en invierno, y en verano los crepúsculos se alcanzan hasta la luz infinita.

Era el viaje de las últimas horas. Aquel momento preciso entre dos destinos, próximos a separarse para siempre. Eran éstos los alucinados y los vehementes, los que vienen y van, sin anclar demasiado en ningún sitio de la tierra. Son los que viajan en los barcos fantasmas hacia faros inexistentes, sutiles como el éter.

Y llevan cargas radiantes y se alejan hacia donde el tiempo ha deshecho su pauta y hacen collares de amatistas alrededor de los cuatro puntos cardinales...

Son los parias de todo límite y todo enigma. Por eso viajan y se ausentan y atracan en muelles de neblina, prontos a desvanecerse hermosamente.

¡Mares de Magallanes! Sueño de los más altos y arrebatados sueños de poeta, diamante puro, resplan-

deciente en la hora solitaria, absorta entre dos océanos . . .

Una deslumbradora lluvia de oro temblaba en el éter sutilísimo. Y azul, azul de felpa gruesa, pareciese tibia de violetas profundas, enmudecía como un éxtasis, la atmósfera.

De codos en la baranda de cubierta, ellos iban asimismo mudos, sobrecogidos casi, por la imponencia de la hora, por aquella solemne belleza virgen, distante de toda sombra humana y donde el espíritu se diafaniza como galvanizado de luz mágica.

Hacia los 52° 12" de latitud, entrando por el seno de Ultima Esperanza, bordeando las riberas magníficas apretadas de una vegetación insólita, hacia el golfo más bello de la tierra; el pequeño barco blanco, sólo como un témpano, avanzaba sin premura, ágil, liviano, hecho de alas de ángeles en un viaje hacia el fin del mundo . . .

No hablaban. Trémulos ambos, iban transparentes, maravillados bajo los cuatro clavos de oro de la deslumbradora Cruz del Sur, atentos a un pentagrama invisible de letra indescifrable todavía . . .

¿Eran, no eran? Acaso ni ellos mismos lo sabían. Venían de todos mundos, más allá de los grados exactos, donde todo contorno se deshace y toda forma se esfuma.

Ala al viento, el barco iba, mar adentro, mar adentro, sesgando hacia los puntos más lejanos, por donde

apenas se puede zigzaguear entre los témpanos, y hasta donde lo rosa de los vientos gira enloquecida y trágica.

Pasando por límites sin nombre, viraron al maravilloso ventisquero Balmaceda, gran racimo nevado, de aluviones magníficos, donde toda palabra muere y la fascinación quema como una descarga eléctrica.

Ellos vibraron simultáneamente, estremeciéndose. Eran de una misma veta espiritual, de un mismo tono áurico, de una misma aspiración ritual. Nada les ataba a este mundo. Ellos venían de otros siglos, de una raíz que nadie conoció jamás y eran puros y eternos en ella.

Vestidos de viajeros incógnitos, salieron en un barco fantástico y avanzaban... dejándose guiar por un piloto divino, avistando Laguna Azul, donde el índice radiante de la Cordillera Peine, se eleva deslumbradoramente.

Anclaron frente a la región de los lagos. Verdaderas lágrimas de cristal, incubando músicas extrañas en aquel silencio que crecía... crecía... hasta un nuevo sentido de la vida. Transformados en antenas luminosas, llegaron a captar los mensajes más hondos y más puros. Sutilizados hasta el máximo, se les llenaron los ojos de visiones y la gran noche azul del Polo, se hizo tensa de palabras sagradas.

Vencido, él exclamó:

Vienen canciones eternas,
vibración infinita del supremo esplendor
con que Dios teje sus poemas.

Ritmo de lo eviterno, geometría radiante
 de las astrales rutas
 por donde cruza nuestro sino errante...
 Y el viento del misterio tiembla y canta
 en la luz de los horizontes
 y en la voz teúrgica de los montes.
 ¡Oh, rosal macilento!
 ¡Oh, corazón temblante de pavora y de frío!...
 ¡Viene la muerte en el viento,
 Dios mío!

Bañados de un resplandor inefable, temblantes hasta el dolor de una emoción supersticiosa casi, se abrazaron llorando.

¿Por qué pensaron en la muerte aquellas dos almas gemelas, hondas en la vibración y la esperanza, unidas al ritmo lejanísimo de la divina Cruz del Sur?

Sin decirse nada, porque aquellos dos seres no se dijeron nunca nada, amándose entrañablemente sin tocar jamás el sentido vital, se despedían llorando sin consuelo ¡y sin saber por qué! El, con la fuerte ternura del hermano mayor que parte, y ella con la muda desesperación de la que queda triste y mutilada para siempre.

Toda la visión trágica pasó por sus almas clarividentes. Juntos habían deshojado la rosa celeste de la Bhagavad Gita y su música yóguica les dejó a tono para siempre. Y ante el silencio más puro y más bellamente triste de este mundo, sellaron el pacto inol-

vidable: «Si yo me voy primero, te espero. Y si tú te vas primero, me esperas...».

¿Qué significa todo eso, por qué lloraban así, pactando como ante una tumba abierta? El le entregó sus últimos poemas, sus últimas palabras atormentadas y magníficas. La inundaba de una ternura y un anhelo reverente como ante su propia madre, que éste es el verdadero amor.

¡Ah! Ni ellos mismos supieron entonces por qué secretos designios era aquel vínculo estrecho y sacratísimo, de raíz trascendental, adentrada en lo Infinito. No supieron reconocerse, ni recordar nada de sus rutas pretéritas.

Más sutil, ella seguía llorando. Una conminación rotunda, avizoraba próxima. Se despedía de él como ante las mismas puertas de la Eternidad, deshojando las últimas violetas de la hora.

Venían en su barco de alas leves, como ensueños astrales, su traje amatista ahora, sin deseo de volver jamás, atravesando raudamente, parecía sobre el aire, por una ruta invisible que no iba a tierra nunca, y se dirigía siempre al fin del mundo...

En una vibración veloz cruzaron hasta la gran bahía magallánica y se quedaron entre los dos grandes océanos, queriendo más bien ir hacia el Antártico, donde el silencio culmina para siempre y la punta del planeta toca exactamente en lo Infinito.

Anclaron allí parece.

¡Y fué aquella, en realidad, la última noche! La

despedida eterna de esos dos alucinados, por muchas vidas, juntos. ¡A él se lo llevó la muerte, ella cuida de esta maravillosa flor de loto, todavía!

Y es en aquella gran soledad glacial del fin del mundo, bajo la deslumbradora Cruz del Sur, donde el poeta desencarnado, Julio Munizaga Ossandón, musita aún en los pétalos blancos de la nieve:

«¡Viene la muerte en el viento,
Dios mío!...».